



Revista de Estudios Sociales | Facultad de Ciencias Sociales | Fundación Social

Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Saavedra, Alcira

El sentido es el lenguaje que significa. Más allá o más acá del orden logocéntrico del saber

Revista de Estudios Sociales, núm. 13, octubre, 2002, pp. 13-26

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81501302>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL SENTIDO ES EL LENGUAJE QUE SIGNIFICA. MÁS ALLÁ O MÁS ACÁ DEL ORDEN LOGOCÉNTRICO DEL SABER

Alcira Saavedra*

Resumen

El orden logocéntrico del saber occidental funda su "naturalidad" en el sentido como *idea* (contenido, significado, etc.), garantía de una relación pensamiento/realidad transparente y objetiva. Ese sentido idea solo es posible por la disimulación de la intervención operativa del lenguaje en la significación. A través de la estructura predicativa, el lenguaje ha sido forzado en el pensamiento occidental a una funcionalidad referencial que lo sitúa en una exterioridad insignificante con relación al pensamiento y a la realidad. El giro lingüístico iniciado en el Siglo XX, permite, en la corriente del pensamiento francés, interrogar la falacia logocéntrica y poner en evidencia que la estructura predicativa y el funcionamiento referencial del lenguaje representan, en realidad, una torsión epistemológica que no solo somete abusivamente el lenguaje a las exigencias operativas del logocentrismo, sino que oculta su verdadera naturaleza. El lenguaje es el sentido y en cuanto tal es una variable significativa. La estructura predicativa y el funcionamiento referencial constituyen una de sus modalidades significantes, no la única. El presente artículo, además de hacer un planteamiento general del problema, propone una nueva manera de abordar el lenguaje como principio operatorio de la significatividad.

Abstract

The Western hierarchy of knowledge is predicated on the implicit acceptance of *idea* (meaning and content) as the essential component that defines reality and thought as transparent and objective. The *idea as sense* is only possible through the masking of the operational intervention of language in meaning. As a result of its predicative structure, language has been framed in Western thought towards a referential functionality which in turn produces a non-significant exteriority in relation to thought and reality. In mid-20th century, the Linguistic turn resulted in new ideas within French thought. This new currents made possible to question the logocentric hierarchy and to bring to the forefront the predicative structure and referential functioning of language as epistemological distortions that forced language to serve the operational requirements of logocentrism in addition to hiding its true nature. Language as articulation of sense and meaning is a significant variable and its predicative structure and referential functionality is but one of its significant modes. This article proposes a new way of dealing with language as operational principle of meaning.

La langue n'a pas lieu, pas de lieu sûr

(Jacques Derrida, *Glas*, Paris, Denoël/Gonthier, 1974, pág. 14)

*Penser la limite de la représentation
c'est penser l'irreprésenté ou l'irreprésentable.*

(Jacques Derrida, *Psyché*, Paris, Galilée, 1987, pág. 139).

Cuando, en un giro muy reciente¹, el pensamiento occidental da prioridad a la pregunta por el lenguaje sobre la pregunta por el ser, advierte con asombro una fractura abismal en su saber: el orden logocéntrico que lo funda, no le es natural. Efecto de paralaje² catastrófico –"catastrópico"³, la fractura es la consecuencia inesperada –inevitable también– del desplazamiento crítico que el pensamiento occidental hace hacia el lenguaje. Porque cuando el pensamiento se vuelve hacia el lenguaje para interrogarlo; cuando lo releva metodológicamente de su función de discurso –de figura representativa de la conceptualidad⁴ –para hacerlo objeto de saber –logocéntrico; cuando lo somete a la abstracción objetival y lo pone en el afuera para convocarlo a la pregunta por su ser, se produce en el orden del saber y por obra del lenguaje un descentramiento que lo quiebra: en lugar de ratificar en su respuesta su ser –logocéntrico; su

desplazamiento crítico del saber hacia el lenguaje. No obstante, y sin desconocer todo lo que el campo de la llamada "filosofía del lenguaje" representa en la interrogación a los postulados del logocentrismo sobre la referencialidad, la representación, y sus límites proposicionales, precisamos desde ya que la problemática del lenguaje y el sentido en el presente artículo se inscribe en la línea epistemológica de los filósofos y semiólogos franceses: J. Derrida, M. Foucault, J. Kristeva, R. Barthes, J.L. Nancy, Lacou-Labarthe, etc.

2 El concepto es tomado de José Lorite Mena, *El Animal Paradójico. Fundamentos de Antropología Filosófica*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág. 397, quien dice que: "La aparición de la filosofía es un efecto de paralaje [...]: un cambio del espectáculo al cambiar el ángulo del espectador."

3 "Catastrópico", término prestado a Jacques Derrida, indica aquí la fractura abismal producida por un desplazamiento del lugar entendido como el lugar discursivo o metafórico desde el que se aborda la interrogación. Cf. Jacques Derrida, "Le portrait de la métaphore", en *Psyché*, Paris, Galilée, 1987. "La crise actuelle du langage – inflation et dévaluation – montre qu'une époque historico-métaphysique doit enfin déterminer comme langage la totalité de son horizon problématique."

Jacques Derrida, *De la grammairie*, Paris, Minuit, 1967, pág. 15. La "catástrofe metafórica" que anuncia Jacques Derrida corresponde a este momento de desplazamiento que pone en evidencia la condición lingüística, metafórica, ficcional, del saber y por lo tanto el fin de la diferencia sentido propio/sentido figurado y de todas las oposiciones que fundan el saber occidental: verdad/ficción, discurso/idea, etc.: "la philosophie comme théorie de la métaphore, aura d'abord été une métaphore de la théorie", Jacques Derrida, *Marges de la philosophie*, Paris, Minuit, 1972b, pág. 303.

4 Cf. Michel Foucault, *Les Mots et Les Choses. Une Archéologie des Sciences Humaines*, Paris, Gallimard, 1966, para un análisis del lenguaje en la época clásica y su función de discurso como representación del pensamiento, así como para una reflexión sobre la retirada del lenguaje del espacio de la representación.

Dossier

* Doctora, Universidad Complutense de Madrid. Profesora titular Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales - Universidad de los Andes.

subordinación al pensamiento que lo obliga a una posición secundaria y provisional, transparente a la conceptualidad y al sentido-idea; su condición epistemológica de soporte referencial, expresivo-representativo, comunicativo del pensar,⁵ el lenguaje, desde su exterioridad, desde su postura en el afuera y en sí mismo, se libera de sus condicionamientos al sistema, se clausura en su hecho como tal y se anticipa al saber y al pensamiento en lugar de llegar después. Excentricidad lingüística, esa clausura y esa anticipación son el fin de la naturalidad del orden logocéntrico. Porque desde su posición anticipada y en su acontecimiento propiamente dicho, el lenguaje atraviesa el pensamiento y el saber, levanta la trama oculta de su sistema conceptual, desarticula el orden y declara la condición ficcional-retórica, textual, discursiva, morfosintáctica– de su centricidad lógica. La fractura es abismal: a partir de ese momento, el pensamiento se opaca y pierde la evidencia de sus ideas; el saber se esparce y se llena de lenguaje –de tropos y figuras; de tramas y articulaciones; de configuraciones lingüísticas y sintaxis significativas– y pierde su natural logocéntrico.

Momento crítico para el pensamiento occidental que siempre creyó que su saber y su conceptualidad estaban más allá –al abrigo– de las intervenciones azarosas e imprevisibles del lenguaje; momento crítico para el saber que se llena de lengua y de ficción y pierde la consistencia de su trama y la certeza de sus lugares. El desconcierto también es total: la pregunta al lenguaje por su ser tendría que haber conducido el pensamiento occidental a la más perfecta y acabada demostración de evidencia natural de su orden logocéntrico; no obstante, se convierte en la más monumental desnaturalización del mismo –por falacia epistemológica del logocentrismo y/o por incumplimiento epistémico del lenguaje–.

El orden logocéntrico del saber postula, como fundamento de una Verdad una y única -universal, un orden objetivo de realidad. Ahora bien, la evidencia de ese orden objetivo de realidad, –entendido como orden natural de una realidad exterior o como orden de una instancia conceptual postulada como real–, solo puede ser garantizada, para el saber, por la presencia inmediata al pensamiento de un sentido en la pureza conceptual de su evidencia objetiva; un sentido que,

al presentarse al pensamiento, se le exponga como un objeto o como una cosa evidente e inteligible de inmediato al pensar; un sentido que llegue al pensamiento en la certeza total de su identidad y unidad significativas consigo mismo, en la transparencia perfecta de su objetividad.⁶

Ese sentido, lo sabemos, es la idea;⁷ única instancia significativa en pureza conceptual que llega al pensamiento en la evidencia de ser sentido en sí, contenido en sí mismo, en la certeza de su configuración eidética-ideal -objetiva; única que se expone al pensar en la coherencia total de su identidad ideo-lógica consigo misma, en la transparencia de su unidad de sentido objetivo; única en la que el pensamiento, cuando piensa, piensa en algo, y ese algo, es el sentido contenido en los límites exactos de una forma objetiva ideal, transparente en su inteligibilidad objetival al pensamiento y al saber; única, por esa razón, que se ajusta a los exigencias y condicionamientos del orden logocéntrico que, otorgándose el poder de administrar la forma en que se puede pensar para alcanzar el saber, funda en la objetividad su postulado de un principio de realidad: al definirse en la forma estricta de un sentido objeto en transparencia conceptual, la idea es, al decir del logocentrismo, el único orden de sentido que le permite al pensamiento adquirir el saber y llegar a la verdad, porque es el único que le permite acoger, adecuarse, representar/se o in-formar objetivamente el orden de realidad. Por eso declara la idea la única forma de inteligibilidad posible⁸ –la sola instancia significativa válida para pensar y la sola natural para saber: puesto que la realidad es objetiva y puesto que la evidencia de esa objetividad para el pensar y para el saber solo puede ser garantizada por la evidencia igualmente objetiva del sentido-idea, pensar y saber con ideas es, en los límites estrictos del orden logocéntrico, pensar y saber en realidad. Tal es el círculo teórico que fundamenta su natural: la centricidad

⁶ Esta condición unitaria y objetiva es solidaria de lo que Jacques Derrida, a partir de Heidegger, denomina “la metafísica de la presencia”. “[...] aucun sens (en quelque sens qu'on l'entende, comme essence, comme signification du discours, comme orientation du mouvement entre une archie et un *télos*) n'a jamais pu être pensé dans l'histoire de la métaphysique autrement qu'à partir de la présence et comme présence”, Jacques Derrida, 1972b, op. cit., pág. 58. De la misma manera en Jacques Derrida, *Positions*, Paris, Editions de Minuit, 1972a, pág.13: “[...] valeur de la présence, présence de l'objet, présence du sens à la conscience...”

⁷ La idea es aquí la instancia metafórico-metónímica de un sentido que se daría no contaminado de lenguaje. En esta perspectiva, juega metafórica-metónimicamente con el sentido entendido como concepto, contenido, significado.

⁸ Il s'agit toujours d'imiter (exprimer, décrire, représenter, illustrer) un *eidos* ou une *idée*, que celle-ci soit la figure de la chose même, comme chez Platon, la représentation subjective, comme chez Descartes, l'une et l'autre comme chez Hegel... » Jacques Derrida, *La Dissemination*, Paris, Seuil, 1972c, pág. 221.

5 La juxtaposición y acumulación de conceptos que remiten aparentemente a niveles epistemológicos diferentes de la funcionalidad del lenguaje, marcan, como veremos, que se trata finalmente de lo mismo: cada uno de esos niveles se funda en última instancia en la transparencia y la no contaminación del sentido por el lenguaje.

irrefutable de una lógica unívoca que encierra la realidad del pensamiento y el saber en los límites de la condición de evidencia de realidad que instaura: la idea es la condición de evidencia de la realidad, pensar con ideas es pensar en realidad.⁹ No hay en el logocentrismo, en la centricidad de su lógica que se naturaliza instituyendo ella misma las condiciones de lo natural, ninguna otra forma de pensar posible.

Ahora bien, y éste es el origen de la falacia logocéntrica sobre el hecho lingüístico, el sentido, idea o no, ocurre en el lenguaje y el lenguaje es, por naturaleza, heterogéneo a la idealidad significativa y a la objetividad. Como principio articulatorio y configurativo del sentido,¹⁰ el lenguaje tiene, por definición, un poder circulatorio ilimitado y una lógica operativa arbitraria y libertina, de sentido imprevisible. Sin cálculos ni márgenes, puede articular de manera indefinida en un orden u otro del decir y configurar significativamente en todos los sentidos y al azar. En esta disposición heterogénea y aleatoria, puede funcionar con una estructura circulatoria a la medida exacta de la objetividad y dar lugar al sentido contenido en idea, o puede deambular articulativamente sin término y dar lugar a instancias significativas ajenas a la idealidad del sentido, a instancias significativas dispersas y diseminadas, de sentidos volubles o promiscuos indiferentes a la objetividad. Dicho de otra forma, no hay ninguna garantía de que la idea ocurra siempre en el lenguaje, porque no hay nada en el lenguaje, en su naturaleza, que garantice que la idea ocurra siempre en realidad. En su capacidad de producir contornos significativos arbitrarios y configuraciones de sentidos al azar, el lenguaje puede seguir trayectos inesperados y hacer derivas imprevisibles que opacan la transparencia conceptual del sentido y afectan su pretendida objetividad. Por eso el lenguaje representa un alto riesgo de perversión y de extravío. Para la idea que, en su transcurrir lingüístico, puede confundirse en los vericuetos aleatorios del lenguaje y perder su evidencia objetiva, y para el logocentrismo que, con la pérdida de la idea, pierde al mismo tiempo el sentido, la realidad y la verdad.

La aporía es grande, sin duda, para el orden logocéntrico: debe aceptar sin remedio la ocurrencia lingüística de la idea, pero para conservar su pretendida naturalidad, debe también preservarla de las derivas imprevisibles del lenguaje y asegurarse de que llegue, como sentido propio o propiamente dicho, en la absoluta transparencia de su identidad objetiva consigo misma. Por eso, y para garantizar su natural, el orden logocéntrico resolverá la aporía en detrimento del lenguaje. Y aquí comienza la falacia epistemológica del sistema. Porque, para proteger la idea del riesgo que supone la perversión lingüística, el orden logocéntrico intervendrá la disposición circulatoria y articulativa del lenguaje y lo someterá a una torsión epistemológica que no solo lo mantendrá operativamente sujeto a la idea, en una adecuación perfecta a su transparencia conceptual y a su configuración objetiva, sino que, por eso mismo, le negará su existencia como tal:¹¹ con una maniobra teórica, cuya falacia se disimula en la eficacia operativa del orden como respuesta efectiva a la necesidad del pensamiento de detenerse siempre en algún lugar y en algún momento –la disposición calculada del sentido en el orden exacto de la idea constituye, en efecto, la forma más económica y acabada, en cuanto a la circulación y configuración del sentido se refiere, de llegar a un término significativo–, el orden logocéntrico detendrá operativamente el lenguaje en los límites de una estructura binaria muy precisa que lo ordenará sin restos al querer decir exacto y transparente de las ideas y las cosas, con una proyección transitiva sin relevo y una funcionalidad referencial, expresivo-representativa, comunicativa, sin opacidad. Tal estructura, la estructura predicativa,¹² surgida de la regulación platónica del lenguaje que lo comprometió en una articulación operativa

11 La negación y disimulación de la existencia del lenguaje como tal correspondería a lo que J. Jacques Derrida denomina “la borradura del rastro -de la huella”: “Le mode d’inscription d’une telle trace dans le texte de la métaphysique est si impensable qu’il faut le décrire comme un effacement de la trace elle même. La trace s’y produit comme son propre effacement”. Jacques Derrida, 1972b, op. cit., pág. 76.

12 La crisis del lenguaje en la que interviene Platón para asegurar la verosimilitud entre “lo que es” y “lo que se dice” permitió al pensamiento occidental fijar, de una vez por todas, la naturaleza predicativa del lenguaje a partir de la evidencia filosófica de ese algo sin el cual el discurso arriesga perderse en sus posibilidades lingüísticas. Para una deconstrucción de la estructura predicativa, ver. D. Reggiori, A. Saavedra, “Gramática Procesiva: la Revocación del Lenguaje Predicatorial” en *Cuadernos de Filosofía y Letras*, Vol. 3, No. 1, Bogotá, Universidad de los Andes, 1980, págs. 27-49; de igual manera, D. Reggiori, A. Saavedra, “Modèles Procesifs du Langage” en *Semiotica*, Vol. 61, 3/4, Amsterdam, Mouton, 1986, págs. 259-284.

13 “En buena lógica –platónica- el decir no puede, no debe ocurrir en el vacío: el que no dice alguna cosa, inevitable y absolutamente, no dice nada. /Es necesario que así sea /Y no es incluso preciso retirar esta concesión de que sea decir, a saber no decir nada”, Platón, *Obras completas*, Madrid, Editorial Aguilar, 1979.

binaria, orientada a los propósitos predicativos de un querer decir que dice algo –de lo contrario no se dice nada,¹³ – constituye no sólo la reducción –por un reflejo ya siempre maquinal– de todos sus posibles articulativos –retóricos, textuales, discursivos, morfosintácticos– en el sentido uno y unívoco de la finalidad predicativa del querer decir, sino también, y por eso mismo, la disimulación de su propio poder articulador y configurativo del sentido: al reestructurar y reorientar siempre todas sus disposiciones articulativas, sus figuras significativas cualesquiera que ellas sean, bajo el supuesto, en caso contrario, de faltar a su verdadera naturaleza, en términos del solo y único esquema operativo binario del querer decir algo de algo –esquematismo predicativo¹⁴ que, en la detención y síntesis que realiza del movimiento circulatorio y articulativo del lenguaje en el orden definitorio de la idea como sentido contenido en la centricidad perfecta de su identidad conceptual, objetiva, permite interpretar la articulación lingüística del sentido en términos de una relación lógica transparente entre el algo –idea, cosa o realidad, que se dice y el algo –idea, cosa o realidad– de lo que se dice, la estructura predicativa constituye el artificio de torsión más eficaz –por la transparencia de su centricidad lógica– para ocultar la intervención del lenguaje en el querer decir de la idea. Como relevo maquinal del decir en el querer; como mecanismo reflejo de rearticulación del sentido en el sentido propiamente dicho de una instancia lógica sin restos ni residuos lingüísticos, la predicación es la transmutación abusiva del orden del lenguaje en orden conceptual, al forzar su articulación a la proyección inmediata y terminante del algo que quiere decir, por su reordenamiento en una transitividad estructural que dispone el sentido objetivamente en el sentido de la idea propiamente dicha. En esta disposición forzada que lo somete al esquematismo articulativo, a la estrictez de una sintaxis objetiva, con la que configura el sentido en total propiedad significativa, el lenguaje funciona, sin mostrarse en realidad.

De ahí nuestra afirmación de que en el orden logocéntrico del saber el lenguaje no existe como tal: abortado en su principio articulador y contenido en su disposición naturalmente circulatoria por el esquematismo de una estructura binaria que, al relevarlo en querer decir la idea propiamente dicha, lo camufla en una conceptualidad ideo-lógica que oculta su

14 "La phrase dans sa disposition prédicative se limite à n'être que l'armature distributive, le support de cohésion formelle qui permet l'assemblage ordonné du sens des mots qui y sont exprimés", D. Reggiori, A. Saavedra, 1980, op. cit., pág. 261.

participación en la formación objetiva del pensamiento, el lenguaje en el orden logocéntrico solo consiste en ocultarse y disimularse en realidad¹⁵. En ese ocultamiento y esa disimulación, termina por no tener más que un espacio mínimo de existencia que se resuelve funcionalmente en transparencia propiamente dicha; en la negación de su poder articulador y configurativo del sentido, el lenguaje se convierte en una instancia insignificante de remisión, reflejo, representación, comunicación que lo reduce a la simple condición de instrumento referencial subordinado al pensamiento, con una posición secundaria y provisional en la que se escamotea su verdadera naturaleza. Sometido al círculo definitorio del logocentrismo –el sentido-idea es posible en ciertos límites y en estos límites es la condición de posibilidad misma del sentido y de la inteligibilidad–; al orden jerárquico de sus oposiciones binarias –lenguaje/pensamiento, discurso/idea, etc.– que define para el pensamiento una posición prioritaria;¹⁶ y a su estrategia disimuladora que instala el sentido totalmente del lado de la conceptualidad ideo-lógica, el lenguaje en el orden logocéntrico solo consiste en el afuera de una funcionalidad instrumental cuya operatividad se reduce a la referencia transitiva y transparente al pensamiento y a la realidad.¹⁷ Esta funcionalidad instrumental, que puede ser abordada desde diferentes ángulos epistemológicos –referencia, expresión-representación, comunicación–, reinterpretables siempre en última instancia en términos de transparencia referencial, hace del lenguaje un simple dispositivo al servicio de la conceptualidad, sin ninguna incidencia en ella, puesto que lo limita a ser un medio de remisión o transmisión transparente de las ideas y las cosas.

Ahora bien, esa disimulación del lenguaje y su funcionalidad referencial, como garantía de una conceptualidad y una realidad no contaminadas de lenguaje, permanecen incuestionadas por el pensamiento occidental a lo largo de la historia. Alternativamente y según las épocas del saber, el

15 Para un estudio de la instancia performativa de la lengua como acto declaratorio en realidad, como performance del sentido en realidad, es decir como performance de la ausencia de todo sentido, ver ibid; D. Reggiori, A. Saavedra, "Lorca/Derrida: Le pas de sens ou le dire en réalité" en *Languages and Style*, New York, Queen's Collage University Press, 2001.

16 "[.....] dans une opposition philosophique classique, nous n'avons pas affaire à la coexistence pacifique d'un vis-s-vis, mais à une hiérarchie violente. Un des termes commande l'autre (axiologiquement, logiquement), occupe la hauteur", Jacques Derrida, 1972a, op. cit., pág. 56.

17 Cf. Jacques Derrida, *La Dissemination*, 1972c, op. cit., pág. 147, donde muestra la centricidad de la lógica : "Tenir le dehors dehors. Ce qui est le geste inaugural de la "logique" elle-même, du bon "sens".

lenguaje se presenta como un instrumento de nominación - una señal- que desaparece en el momento mismo de mostrar o de-signar; como una voz-sonido que remite al pensamiento, pero que, al tratarse de una sustancia aérea o de un ser-oído del sonido,¹⁸ no afecta la transparencia conceptual del sentido; como un habla que, en su supuesta presencia transparente y simultánea al pensamiento, le permite a este permanecer en la conciencia cierta e inmediata del sentido; como un discurso o hecho gramatical con una función expresivo-representativa, en cuyo caso tiene una existencia prestada al pensamiento que le otorga el papel de ser la representación formal propiamente dicha de la idea, su configuración esquemática, su armadura lógica; como un vehículo de comunicación transparente de la idea o, en una prolongación epistemológica más cercana, de un significado o un contenido que, en última instancia, resultan ser el mismo sentido definido y delimitado idealmente sin restos ni residuos lingüísticos. En cualquier caso y sea lo que sea, el lenguaje en el orden logocéntrico guarda siempre su condición instrumental y no llega nunca a mostrarse en realidad porque no tiene consistencia lingüística: forzado a disimular su verdadera dimensión de principio configurativo del sentido y a hacerse transparente e insignificante con relación al pensamiento y a la idea, el lenguaje solo consiste en ocultarse y funcionar referencialmente. De ahí, que este orden pueda llegar a declarar sin reservas que no hay nada del lenguaje en el sentido y que no hay sentido que no sea idea fuera del lenguaje. Declaración falaciosa que somete el hecho lingüístico a los requerimientos de un orden que, para ocurrir en realidad, naturalmente, lo oculta y le niega su existencia como tal. Lo hace durante siglos; ensimismado en la transparencia, abusivamente lograda, de su centricidad lógica y convencido de su supuesta naturalidad.

La violencia del orden logocéntrico sobre el lenguaje es una violencia epistemológica. Al fundar y legitimar la relación lenguaje/pensamiento/realidad como principio de la verdad, el orden logocéntrico –por definición y petición de principio– instituye como condición primera y última de toda instancia epistemológica la prioridad de la relación pensamiento/realidad sobre la relación lenguaje/pensamiento. Esa distribución jerárquica que define sinapelación el orden

propio de las palabras, las ideas y las cosas a partir de la negación del hecho lingüístico como tal, no le deja espacio al lenguaje para ninguna otra forma de relación posible. En el orden lenguaje/pensamiento/realidad –orden teóricamente incuestionable en el logocentrismo–, el lenguaje se subordina al pensamiento y a la realidad y se hace transparente a ellos, o pierde su pertinencia epistémica y se le declara insensato. El lenguaje, en esa distribución de prioridades, no tiene opción. Eso explica por lo demás, y en buena lógica logocéntrica, que cuando el pensamiento occidental releva el lenguaje de su función de discurso, de su estatuto de figura representativa de la conceptualidad, y lo constituye en objeto de saber, lo haga, en un primer momento, solo metodológicamente; aunque la pregunta y la objetivación representen un quiebre teórico, filosófico, epistemológico, histórico en el orden de prioridades logocéntricas, y aunque provoque, en el espacio que nos interesa aquí, un descentramiento del sentido y un desplazamiento de la conceptualidad hacia el hecho lingüístico, el pensamiento occidental, sin interrogar ni las condiciones de posibilidad teóricas, filosóficas, históricas de la objetivación, ni las consecuencias epistemológicas del descentramiento del sentido que ella produce, mantiene el lenguaje epistemológicamente subordinado al pensamiento y lo interroga –logocentrismo exige– desde la posición secundaria y provisional que abusivamente le ha definido como su naturaleza misma: la constitución del lenguaje en objeto de saber implica no solo la posibilidad de una cierta retracción así sea metodológica del hecho lingüístico con relación al pensamiento y a la idea –el lenguaje permite ser considerado en la autonomía de su forma propiamente dicha fuera del espacio de la representación–, sino también, por consecuencia de principio en el gesto inaugural de la lingüística que lo objetiva en lengua como sistema de signos, el arrastre de la conceptualidad hacia el hecho lingüístico como tal y su clausura en él.¹⁹ Ahora bien, esa retracción del lenguaje y ese arrastre y clausura de la conceptualidad, inevitable en la constitución objetiva del hecho lingüístico como sistema de unidades semióticas que, por definición, suponen la asociación indisoluble de la instancia significante

18 Para una deconstrucción de la primacía de la voz sobre la escritura y postulación de la archi-escritura como principio diferencial, ver Jacques Derrida, 1967a, op. cit., págs. 11-95, donde explica la condición de la imagen acústica propuesta por Saussure: “La imagen acústica es lo oído: no el sonido oído sino el ser-oído del sonido. El ser-oído es estructuralmente fenomenal y pertenece a un orden radicalmente heterogéneo al del sonido real en el mundo”. Esta heterogeneidad sería lo que diferencia la definición del signo en Saussure con las definiciones anteriores a él.

19 Dejar clara la clausura de la conceptualidad en el interior de la lengua es la intención de Ferdinand de Saussure al afirmar: “Para ciertas personas, la lengua, reducida a su principio esencial, es una nomenclatura, esto es, una lista de términos que corresponden a otras tantas cosas. Esta concepción es criticable por muchos conceptos. Supone ideas completamente hechas preexistentes a las palabras. [...] Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre sino un concepto y una imagen acústica. [...] Estos dos elementos están íntimamente unidos y se reclaman reciprocamente.” Ferdinand de Saussure, *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada, 1997, págs. 91-92.

con la instancia significativa –lo que implica una cierta contaminación de la conceptualidad por el lenguaje, una cierta promiscuidad entre el significado y la operación significante–, son, de alguna manera, negados por el pensamiento occidental –en la lingüística misma²⁰ al arrastrar al mismo tiempo al interior de la clausura, para mantener la pureza de la conceptualidad y del sentido, el aparato jerárquico y el entramado categorial logocéntrico. Sin asumir epistemológicamente todas las consecuencias de la objetivación, la lingüística, en su momento constitutivo, reintroduce en la clausura el orden oposicional del sistema y la idealidad de la dimensión conceptual. Así lo manifiesta la definición saussureana del signo que lo instala en una estructura binaria –imagen acústica/concepto, se/so– que recupera al interior de la unidad semiótica el funcionamiento referencial que el logocentrismo ha impuesto al lenguaje. El signo en su delimitación teórica es una estructura dual en la que el significante remite al significado sin afectarlo y sin llegar a comprometer su evidencia objetiva. La constitución estructural binaria del signo guarda la separación entre las dos instancias y asegura que en todo momento el so/concepto – como instancia ideal y objetiva- esté al abrigo de las alteraciones arbitrarias del se.²¹ Así, y aunque el signo constituya una unidad lingüística indisoluble, el sentido permanece en su pureza conceptual y el lenguaje sometido a la torsión.

A la delimitación binaria de la unidad semiótica se agrega además, como garantía irrefutable de la objetividad e idealidad del sentido, la mal definida tesis saussureana de lo arbitrario del signo o del significante con relación al significado,²² y según la cual las variaciones diacrónicas del significante no modifican el concepto o significado que sigue siendo universal y objetivo. De esta manera, la lingüística, no obstante su pretensión de constituirse en la ciencia del lenguaje como tal, repite, en su momento inaugural, los postulados del logocentrismo.

Esos mismos postulados constituyen, por lo demás, el punto de partida de los innumerables estudios fonéticos, fonológicos, morfosintácticos, semánticos –posteriores a la apertura saussureana– que, retomando la estructura binaria

del signo, fundan sus análisis en las oposiciones se/so, forma/contenido, discurso/idea, texto/sentido. En estos análisis el sentido permanece pensado más allá de su contraparte sin que llegue jamás a implicarse significativamente en un trabajo relacional con la dimensión significante, formal, discursiva, textual que lo acompaña.²³ Sin duda, el afán platónico por asegurar un pensamiento y una conceptualidad libres de las manipulaciones azarosas del lenguaje, encuentra en estos estudios su más cumplida intención reguladora. Sin negar claro está, ni el alto grado de elaboración teórica, ni el gran rigor analítico, ni, desde luego, la apertura que significaron para un posterior planteamiento crítico sobre los posibles del lenguaje y el sentido, es inevitable tener que llamar la atención sobre la adhesión no interrogada de esos estudios a las oposiciones jerárquicas de una tradición filosófica que relegó el lenguaje a una posición secundaria y significativamente nula. Ceguera del pensamiento occidental que en los 25 siglos de insistente negación y ocultamiento del hecho lingüístico “en su esencia y amplitud”,²⁴ no advirtió que el funcionamiento referencial del lenguaje y la pretendida transparencia de la conceptualidad –del sentido-idea– era el efecto ilusorio de una adecuación forzada del hecho lingüístico a las condiciones operativas del logocentrismo. Una adecuación ciertamente eficaz que permitió erigir en paradigma natural del saber lo que en realidad era el residuo sedimentado de un largo y persistente proceso de domesticación lingüístico-lógica del pensamiento; un resto monumental de sistematización conceptual, producto de un trabajo cultural en filigrana del saber, que se dio en la impostura de una naturalidad cuya única razón de ser no habrá sido otra cosa que la torsión epistemológica que el pensamiento occidental ejerció sobre el lenguaje.

Por eso cuando el pensamiento occidental convoca el lenguaje a la pregunta por su ser, lo que ocurre es la des-torsión y el des-centramiento: interrogar el lenguaje sobre su ser, significa, se quiera o no –logocentrismo exige–, darle espacio para que tenga una existencia propia: aunque la pregunta se plantee, en un primer momento, en un nivel metodológico; aunque, en ese primer momento, el lenguaje siga epistemológicamente sujeto al pensamiento y a las tácticas y estrategias referenciales, representativas, por

20 La lingüística aquí funciona en la ignorancia del orden epistémico que la hace posible. Ver Michel Foucault, 1966, op. cit., pág. 256.

21 Ferdinand de Saussure, 1997, op. cit. págs. 91-104.

22 *Íbid*, pág. 93. Para una crítica de la tesis de la arbitrariedad del signo, ver Emile Benveniste, *Problèmes de Linguistique Générale II*, Gallimard, París, 1974, pág. 51; ver también D. Reggiori, “El poder del signo: un dibujo y un árbol”, en *Texto y Contexto*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1984, págs. 71-106.

23 “La ciencia” semiológica o, más limitadamente, lingüística, no puede mantener la diferencia entre significante y significado –la idea misma de signo–sin la diferencia entre lo sensible y lo inteligible, por cierto, pero tampoco sin conservar al mismo tiempo, más profunda e implícitamente, la referencia a un significado que pudo “tener lugar” en su inteligibilidad, antes de toda expulsión hacia la exterioridad del aquí abajo sensible, Jacques Derrida, 1967a, op. cit., pág. 20.

24 Ferdinand de Saussure, 1997, op. cit., pág. 141.

consecuencia de principio, la interrogación implica –es inevitable– un desplazamiento hacia a fuera del lenguaje; una exposición objetival que no sólo le da la distancia suficiente para llegar antes que el pensamiento y el saber, sino la consistencia y la autonomía operativa necesarias para clausurarse en sí mismo y mostrarse en realidad. En esta clausura reflexiva en la que se expone como tal, el lenguaje tiene tiempo y lugar para deshacer la trama que produce la torsión: la reflexión analítico-lingüística del estructuralismo que sigue a la delimitación saussureana de la lengua como forma, supone en teoría la subordinación del contenido al modelo formal, entendido como retícula relacional de elementos que encuentran sentido en su juego diferencial. Ahora bien, esta subordinación del contenido a la forma no produce ciertamente y de inmediato la revocación de los postulados logocéntricos de un sentido libre de complicaciones formales. Los análisis estructuralistas, realizados en y con un lenguaje obediente a la razón logocéntrica, terminan por revertir en sus modelos analíticos los principios operativos del logocentrismo. En lugar de asumir nocionalmente su juego relacional, el modelo formal es reducido a una estructura estática, operativizada en un orden de oposiciones binarias que detienen esquemáticamente el juego relacional propiamente dicho y someten el contenido a su desarticulación en un orden racional de series paradigmáticas, conceptualmente ideales, que redoblan y reafirman, sin cesar, la centricidad del sistema.²⁵ La intervención formal no es más que la racionalización del contenido en el sentido de su discernimiento en unidades formales que se reorganizan a su vez lógicamente para llegar a comprenderlo en totalidad. Mayor adhesión a la centricidad del sistema no es posible. El estructuralismo como representación formal de la representación, constituye la reproducción perfecta del juego especular del sistema. Su re-producción a ultranza. No obstante, esa posibilidad de subordinación del contenido a la forma, que se da con el estructuralismo, da espacio a un sector de la reflexión filosófico-lingüística para empezar a interrogar la naturalidad del sentido en su idealidad significativa y del lenguaje en su funcionalidad referencial, expresivo representativa; más allá o más acá de los modelos estructurales objetivantes de una razón entrenada a la

centricidad lógica, se empieza a entrever una instancia residual de lenguaje y de sentido que se resiste a la sistematización. Esa instancia residual se manifiesta sobretodo cuando la aplicación de los modelos analíticos de la lingüística al campo de la literatura, permite poner en evidencia la singularidad de unos textos que escapan a la racionalidad del sistema y practican el lenguaje y el sentido en contrabando del saber; textos que reniegan del lenguaje sometido a la idea y lo disponen para que haga llegar el sentido antes de las certezas racionales del querer decir; textos que entretienen el lenguaje en su articulación y someten el sentido a su entretenimiento; textos que practican la respuesta a la pregunta por su ser.²⁶ La llegada de esos textos es un momento crítico para el orden logocéntrico; su propuesta textual subversiva, como revocación de la evidencia predicativa del sentido y de la certeza referencial, es la llegada del lenguaje en su propio acontecimiento. En esa nueva disposición textual que quiebra los límites logocéntricos de la idea y produce sentido al margen del orden objetivo del pensamiento, el lenguaje se libera, se muestra en realidad y deshace la torsión. Sin los límites del logocentrismo, se vuelve sobre la estructura binaria que lo mantiene sujeto al sistema, se apropiá de la conceptualidad, interrumpe su mecanismo referencial, y empieza en el acto a significar en sí mismo, por fuera de los márgenes referenciales, expresivos-representativos, comunicativos que se le han impuesto. Sin contar con la idea ni con el contenido, el lenguaje se clausura en su propio hecho y revela su principio circulatorio y configurativo del sentido. En esa clausura autoreflexiva que encierra la significación en sus probabilidades articulatorias, el lenguaje significa en sí mismo y en el vacío, -en el acto, sin sustancia y sin objeto, sin más –en la sola certeza de ser significante y en la sola evidencia de que eso es significativo. Y aquí comienza el derrumbe del sistema: el lenguaje hace su entrada en el saber y por los intersticios del entramado

25 "Totalité déserte de ses forces, même si elle est totalité de la forme et du sens, car il s'agit alors du sens repensé dans la forme, et la structure est l'unité *formelle* de la forme et du sens". Jacques Derrida, *L'écriture et la différence*, París, Seuil, 1967b, pág. 13.

categorial logocéntrico que lo interroga y delimita sus lugares, de los límites operativos en que lo inscribe la lingüística y el estructuralismo, empieza a dejar residuos significativos impensables logocéntricamente;²⁷ restos de lengua que insisten en significar más allá o más acá de los márgenes ideo-lógicos del sentido y de las configuraciones objetivas del sistema; restos y residuos que anuncian una disposición inédita del lenguaje en la que éste llega en lugar – en el lugar– del sentido; restos y residuos que producen un sentido nuevo que se hace en el interior de la clausura lingüística y que resulta absolutamente heterogéneo a la idea, al contenido, al tema o a la tesis; restos y residuos significativos que denuncian la impostura, que invaden y desbordan la trama del saber y la recorren en el sentido de sus tácticas de ocultamiento y sus estrategias de negación hasta revelar el principio ficcional de sus articulaciones logocéntricas y la constitución figurada de sus límites.²⁸ Es el comienzo del orden del lenguaje y el fin del orden logocéntrico -la apropiación y retención del pensamiento y el saber en las disposiciones articulativas y los ritmos circulatorios del decir; es el lenguaje devuelto a su poder de articular y configurar el sentido -de ser significante y significativo en sí mismo; es la restitución del sentido a sus probabilidades lingüísticas -a sus posibles configurativos- y el fin de la torsión: en su nueva disposición en clausura reflexiva, el lenguaje acontece como tal y muestra su verdadera naturaleza: ni señal, ni sonido, ni figura, ni vehículo de la idea, sino el lugar mismo del sentido - aquí, donde tiene lugar.

El descentramiento es total: el lenguaje se muestra en realidad y en ese despliegue desbordante que excede las fronteras del saber y del pensamiento y produce su retención en sus posibles articulativos, -morfosintácticos, discursivos, textuales, retóricos-, se evidencia lo impensable, logocéntricamente hablando: el sentido es el lenguaje que significa –ni idea, ni contenido–, “un acto, un hecho lingüístico, el sentido es eso el lenguaje, ni expresión, ni representación, un hecho significativo en el sentido en que

27 Esos restos son magistralmente trazados por Jacques Derrida en “la double séance”, 1972c, op. cit., págs. 199-318, donde recorre el texto *Mimique* de Mallarmée: “...c'est [...] une référence sans référent, sans unité première ou dernière, fantôme qui n'est le fantôme d'aucune chair, errant, sans passé, sans mort, sans naissance ni présence. (el subrayado es nuestro) [...] Le référent étant levé, la référence demeurant, [...] Restent seulement des traces, annonces et rappels..” Ver aquí toda la problemática del himen en Mallarmée. “Le reste est indicible, ou presque : non par approximation empirique mais à la rigueur indécidable”, Jacques Derrida, *Glas*, Paris, Denoël/Gonthier, 1974, pág. 3

28 D. Reggiori, A. Saavedra, 1980, op. cit.; D. Reggiori, A. Saavedra, 2001, op. cit., para una deconstrucción de los límites figurados del logocentrismo.

tiene lugar, porque el lenguaje, si hay que decirlo, en el sentido en que eso es la significación, es eso lo que significa, un hecho lingüístico en sí mismo y en el vacío, sin sustancia, sin objeto y sin más, en el orden de las configuraciones y articulaciones lingüísticas, un hecho el sentido y el lenguaje que se confunden, que llegan al mismo tiempo diferencialmente en el orden de las disposiciones morfosintácticas, discursivas, textuales, retóricas, un hecho significativo en el vacío, el sentido es el lenguaje que significa, sin más”.²⁹

Monumental descalabro del saber occidental que contaba con el ser insignificante e impropio del lenguaje para sostenerse en su verdad. Pero el lenguaje incumple: aunque en su exposición objetiva se somete aparentemente a los requerimientos de una pregunta que, por centricidad lógica, define de antemano los límites exactos de la respuesta, – confirmación del funcionamiento logocéntrico en el sentido de la intencionalidad referencial y de la transparencia ideal de las cosas y las ideas–, en el mismo movimiento logocéntrico que lo objetiva y en la lógica misma del sistema que lo quiere como un objeto o como una cosa, el lenguaje adquiere la densidad que necesita para consistir en sí mismo y existir como tal. En su existencia propiamente dicha, se reserva el poder de llegar en el acto y no ser sino sentido. Postura inaceptable para el logocentrismo que siempre quiso que el ser y el existir llegaran al margen del sentido y el lenguaje al margen de los dos. Pero el lenguaje incumple y juega doble: no sólo existe como tal; también significa, en sí mismo y en el vacío, sin sustancia y sin objeto; sin idea ni contenido. Es su modo de existencia -significar en el acto y no ser sino eso –sentido.³⁰ Y no uno, muchos. En toda la dimensión de su poder significante, puede ajustarse a la objetividad y a la idea si es el caso, pero no es su única modalidad o probabilidad operativa. Más allá o más acá de la idea, tiene el poder de articular y configurar el sentido y de hacerlo en todos los sentidos, el logocéntrico y el otro -todos los otros.

29 D. Reggiori, A. Saavedra, “La lune: l'improbable discours de Lorca”, en *Language and Style*, New York, Queens College University Press, 1996, pág. 2. En este mismo artículo ver el análisis de las modalidades significantes del lenguaje.

30 Este encuentro entre el existir, el sentido y el lenguaje constituye la catástrofe metafórica postulada por Jacques Derrida: “La métaphysique n'aurait pas seulement construit et traité le concept de métaphore, par exemple, à partir d'une détermination de l'être comme *eidos*; elle serait elle même en situation tropique au regard de l'être et de la pensée de l'être : ne pouvant se révéler, se présenter qu'en se dissimulant sous “l'espèce” d'une détermination époquale, sous l'espèce d'un *comme* qui oblète son *comme tel* [...] l'être ne se laisserait nommer que dans un écart métaphorico-métonymique” Jacques Derrida, 1987, op. cit., págs. 79-81. Si el sentido es el lenguaje que significa, la metáfora invade todo el campo y termina por llevar la diferencia sentido propio/sentido figurado a una metaforicidad indefinida.

El incumplimiento epistémico del lenguaje –inesperado pero inevitable– es el fin de la falacia logocéntrica. El esfuerzo de la lingüística por mantenerlo en los límites de los postulados del logocentrismo -en una adhesión a ellos, por lo demás, nunca cuestionada- no es suficiente para evitar la ruina del sistema y la pérdida de su naturalidad. Más allá o más acá de ese esfuerzo, la retracción del lenguaje del espacio de la representación -retracción que hace posible la lingüística misma- constituye un desajuste del sistema que permite al lenguaje incumplir su adecuación supuestamente natural al orden objetivo del sentido y socavar sus fundamentos. En ese giro del saber que lo libera de su función de discurso como contraparte formal de la idea y lo interroga en el sentido de su forma propiamente dicha, el lenguaje se anticipa al querer decir, revela la naturaleza articulatoria del sentido y lo operativiza clausurado en su orden de articulación. En esa operativización autoreflexiva de la significación, el lenguaje se retracta de la idea, detiene el sentido en sus probabilidades figurativas y denuncia la impostura; el sentido no se expresa ni se representa, se hace.³¹ Es una operación de lenguaje, un hecho de lengua que llega diferencialmente en el orden de sus configuraciones articulativas y según las modalidades epistemológicas -semiótica, frástica, discursiva, textual, retórica- en las que tiene lugar. El sentido es el lenguaje que significa. Operación de significación en clausura lingüística y producción significativa por consistencia articulatoria en lengua.

Magistral intuición de Saussure quien, en su decidido propósito de dar cuenta del hecho lingüístico en "su esencia y amplitud" y a pesar de contradecirse a sí mismo, postula para el signo una instancia significativa propiamente intralingüística que se contrapone a la instancia logocéntrica que él mismo le ha definido. Esta instancia significativa, inasimilable por definición a la instancia conceptual y delimitada como el valor del signo, inscribe la significación de la unidad semiótica en el interior del sistema lingüístico como producto del juego diferencial de los signos.³² En este juego diferencial, el signo adquiere un estatuto significativo

relacional, puramente lingüístico, que hace de su significación un efecto residual de la diferencial semiótica, sujeto siempre a reajustes según los desplazamientos y rearticulaciones estructurales del sistema. El signo, en esta nueva modalidad operativa en consistencia lingüística, posee una significación móvil y aleatoria que nada tiene que ver con la instancia ideal, universal y objetiva del orden logocéntrico puesto que, producida diferencialmente en la lengua y sometida a sus variaciones reticulares, es una significación azarosa imposible de reducir a los términos de un sentido conceptualmente ideal –universal. Así, aunque Saussure, en su afán de mantener el funcionamiento referencial del lenguaje, garantía de una idea y una realidad no contaminadas lingüísticamente, nunca resuelve la ambigüedad y la duplicación significativa que genera su propuesta de una doble instancia de significación para el signo –la significación como concepto y la significación como valor–, y aunque la lingüística no asuma totalmente y de inmediato la teoría del valor en todas sus consecuencias epistemológicas con relación a la estructura binaria del signo y a la tesis de la arbitrariedad, la propuesta saussureana de una significación intralingüística, ajena al concepto objetivo y universal, constituye ya la apertura de un espacio epistemológico para pensar el sentido y la significación como un hecho de lenguaje.³³ En este sentido, y aunque la lingüística permanezca atada al logocentrismo, es posible afirmar incluso que la intuición de Saussure la atraviesa permanentemente: si el temor de perder la realidad lleva a los lingüistas a mantener la instancia ideal del sentido, su exigencia de exactitud y rigor con relación al objeto de estudio, los lleva a tener que pactar muchas veces con un cierto grado de ambigüedad y contradicción en sus planteamientos sobre la significación y a producir excedentes teóricos que no son recuperables logocéntricamente. Tal es el caso de Benveniste³⁴ quien en sus análisis sobre la significación y el sentido muestra cierta inconsistencia teórica. Consciente de la ambigüedad en la que Saussure ha dejado la significación del signo, y consciente también de la pertinencia epistemológica de la teoría del valor, Benveniste resuelve el problema de la ambigüedad, por una parte, eliminando

31 M. Riffaterre, "L'illusion référentielle", en *Littérature et réalité*, Paris, Seuil, 1982, págs. 93-94, para el postulado de la "signifiance" como práctica del sentido en tanto que producción y no en tanto que producto: "Le lecteur qui essaie d'interpréter la référentialité aboutit au non-sens; cela le force à chercher le sens à l'intérieur du nouveau cadre de référence donné par le texte. C'est ce nouveau sens que nous appelons la signifiance"; de igual manera a J. Kristeva, 1969, op. cit., págs. 184, 137, quien dice que se trata de pasar de "un niveau discursif (informationnel, communicatif) à un niveau textuel de productivité [...] ne plus consommer le langage en tant que produit fini [...], mais y lire le processus de sa productivité".

32 Ferdinand de Saussure, 1997, op. cit., págs. 136-146.

33 En este sentido el pensamiento de la "différence" de Jacques Derrida constituiría una prolongación de la teoría de Saussure. Ver Jacques Derrida, 1967a, 1967b, 1972b, op. cit.

34 Ilustrar la situación de la lingüística a partir de Benveniste se justifica por el hecho de que es precisamente este lingüista quien se ocupa del problema de la ambigüedad en Saussure.

metodológicamente del campo de estudio semiológico la instancia conceptual, lo que da lugar a una significación semiótica clausurada en sí misma³⁵ y, por otra, revocando la tesis de la arbitrariedad de la relación entre el significante y el significado al demostrar una relación de necesidad entre los dos por identidad nocional.³⁶ De esta manera, Benveniste no solo da prioridad a la dimensión lingüística de la significación en la instancia semiótica, sino que asegura la validez de la instancia del valor sobre la instancia conceptual que en Saussure permanece aún incierta. Benveniste responde así a la exigencia de asumir el hecho lingüístico en su especificidad operativa y de hacer del sentido una operación de lenguaje. Ahora bien, y aquí reside la inconsistencia de su postura, cuando Benveniste plantea un segundo nivel de significación para el hecho lingüístico –el nivel semántico–, en lugar de sacar todas las conclusiones que debería de la clausura lingüística de la significación en la instancia semiótica y prolongarla hasta ese nivel, reintroduce en él la instancia conceptual y la funcionalidad referencial del lenguaje: a pesar de postular la coaptación³⁷ –el juego sintáctico –articulatorio– diferencial de los elementos, como principio operativo de la frase –lo que supone asumir un cierto proceso relacional entre la articulación y el sentido y, por lo tanto, la imposibilidad de la condición ideal y objetiva de la significación, Benveniste conserva en última instancia la idea³⁸ como sentido de la frase, sin llegar nunca a conciliar, ni la clausura semiótica en su autoconstitución por diferencial lingüístico, ni la clausura de la frase en su proceso coaptativo relacional, con el estatuto ideal del sentido que, por definición, exige el afuera del lenguaje y su operatividad referencial. Lo que cabe preguntarse, ante esta inconsistencia de Benveniste que reintroduce la ambigüedad de Saussure, es si es posible mantener el orden ideal del sentido y la opción direccional del lenguaje cuando los presupuestos teóricos desde los

cuales se aborda el hecho lingüístico dejan residuos que no sólo desbordan epistemológicamente ese orden y esa opción, sino que imponen su cuestionamiento radical.

Interrogar la llamada ciencia del lenguaje en sus adhesiones logocéntricas y sus residuos teóricos es una tarea deconstruktiva que está aún por hacer. Se trata, sin duda, de una tarea monumental; también lo es su pertinencia epistémica. Porque en el margen de la lingüística –de sus trayectos sintácticos, semánticos, generativos, ilocucionarios, pragmáticos–³⁹ hay restos de lengua y de sentido que exceden sus paradigmas analíticos, se resisten a sus regulaciones operativas y dictan nuevas disposiciones para el decir y para el pensar. Restos irrepresentados e irrepresentables que no obedecen a las leyes logocéntricas, sino al orden estricto del lenguaje –a sus variaciones articulatorias, sus operaciones significantes y sus figuraciones significativas antes de que la idea tenga lugar; restos de lengua que significan en sí mismos, que se anticipan al saber de algo y vuelven a empezar la relación del pensamiento y el lenguaje.

Más allá o más acá del orden logocéntrico, de su entramado categorial y sus disposiciones jerárquicas, hay una instancia significativa no pertinente hasta ahora para el saber, que precede todo saber posible, toda idea, todo contenido y todo significado; una instancia significativa indiferente a la racionalidad logocéntrica que llega antes del sentido comprendido como objeto y que tiene lugar en el interior de las operaciones lingüísticas; una instancia significativa heterogénea al querer decir que ocurre en el acto de un sentido que se hace en el orden de las disposiciones figurativas del lenguaje, en lugar de expresarse, y que no necesita de las certezas predicativas para ser sentido en realidad.⁴⁰ Esa instancia, anterior a la idea –a la cosificación del sentido y a la ontologización del pensamiento– es todo el resto del lenguaje; todo lo que queda de él cuando la predicción no es ni su función ni su estructura; cuando se libera de su direccionalidad referencial y sus figuraciones

35 Decisión radical de Benveniste: "En semiologie ce que le signe signifie n'a pas à être défini [...] Il n'est donc plus question de définir le sens, en tant que celui-ci relève de l'ordre sémiotique. Au plan du signifié, le critère est : cela signifie –t-il ou non ? Signifier c'est avoir un sens sans plus". Emile Benveniste, 1974, op. cit., pág. 222. La declaración de Benveniste, aunque sujeta aún al presupuesto de un sentido que "se tiene", implica no solo la posibilidad de una significación otra que el concepto, sino la clausura de esa significación en la lengua.

36 Ferdinand de Saussure, 1997, op. cit. págs. 91-104.; Emile Benveniste, 1974, op. cit., pág. 51; D. Reggiori, 1984, op. cit., págs. 71-106.

37 "Es en virtud de su coaptación que las palabras contraen valores que no poseían en sí mismas y que hasta contradicen los que poseen por otra parte. Se ven aliarse conceptos lógicamente opuestos y que aún se refuerzan juntándose.", Ibid, 1974, pág. 129.

38 "Le sens de la phrase est en effet l'idée qu'elle exprime". Emile Benveniste, 1974, Ibid, pág. 226.

39 No obstante la gran importancia que revisten estas perspectivas teóricas en el estudio del lenguaje y en el descentramiento del sistema, es posible encontrar aún en ellas el presupuesto de una cierta pureza del sentido y de una direccionalidad que no tiene en cuenta los posibles diseminantes del lenguaje. Para una crítica de los postulados de Chomsky ver J. Kristeva, 1969, op. cit., pág. 228; Jacques Derrida, 1972b, op. cit., págs. 365-393, para una crítica de los postulados de J.L. Austin, así como J. R. Searle, "Reiterating the differences" en *Glyp*, Vol. 1, 1977, págs. 198-208, para una respuesta de Derrida a Searle, Jacques Derrida, *Limited Inc*, a,b,c, Paris, Gallilée, 1990.

40 Es al "envío pre-ontológico que remarca Jacques Derrida a partir de Heidegger al que remitimos aquí: una modalidad del sentido que "n'arrive qu'à s'effacer". Jacques Derrida, 1987, op. cit.

objetivas y se repliega en sí mismo, en su solo poder significante; esa instancia es el sentido en principio operatorio –el lenguaje cuando significa y lo que significa es eso –el hecho mismo de significar; cuando realiza su operación de significación y eso es el sentido que sabemos en el acto; en la certeza involuntaria y efímera de una inteligibilidad en el vacío –sin fondo y sin objeto; esa instancia es el lenguaje que se adquiere y el sentido que se tiene sin pensar, porque no es sino que ocurre –en el acto, sin decir nada, en la certeza intuitiva de que eso significa y en la evidencia inmediata de que eso se comprende sin saber lo que se ha comprendido; esa instancia es el lenguaje que significa en sí mismo y el sentido que llega en la clausura de un acto de inteligibilidad impensable e insensato porque no quiere decir nada -porque se sabe sin más.⁴¹

Esa instancia, “resto inutilizable para el saber de lo que es; impracticable, por lo tanto, para un pensamiento acostumbrado al reflejo objetivo, pero que permanece e insiste en el origen del querer decir”,⁴² es un hecho de lenguaje; un hacer significativo del lenguaje abordado, ya no como instancia formal exterior a la idea, sino como principio operatorio de la significatividad –como proceso y procesamiento de significación. Se trata aquí de una nueva teoría del sentido que escapa a la categorización lingüístico-lógica y en la que las relaciones lenguaje/pensamiento son trabajadas, fuera de la jerarquía logocéntrica, en un proceso relacional sentido/sintaxis que supone la intervención operatoria del lenguaje en la significación; una nueva teoría que postula el sentido como práctica nocial de la sola operación significante del lenguaje en el sentido de la estructura articulativa, de la figura lingüística en la que tiene lugar. Se trata, en definitiva, de pensar el acto mismo de significar, no en el sentido de lo que significa, sino en el sentido de la forma en que significa:⁴³ detener el lenguaje antes de que diga algo para convocarlo a su poder significante y liberar el sentido de su relevo logocéntrico y sus pretextos ideo-lógicos para devolverlo a sus probabilidades lingüísticas, es abrir un nuevo espacio de significancia que tiene al lenguaje como principio operatorio y al sentido como operación lingüística; un nuevo espacio que postula el lenguaje como un hacer sentido y el sentido como una producción de lenguaje. Ahora bien, esa producción, ese

hacer, cuyo fundamento operacional es el solo acto significante del lenguaje como acto intransitivo, como operación de significación que no remite sino a sí misma en su propio proceso operativo, tiene lugar por la intervención de la forma –de la estructura– lingüística en la significación.⁴⁴ Una intervención que, al clausurar la significación en la disposición articulativa de la lengua y procesarla diferencialmente en el sentido de esa disposición, de sus figuras y circunvoluciones, da lugar a un nuevo orden del sentido que consiste, ya no en la idea y sus compuestos, sino en la operativización significativa de la textura lingüística para hacer significar lo que se dice en la forma en que se dice; un nuevo orden en el que la significación no es un sentido que se tiene, sino un sentido que se produce diferencialmente en el sentido de su disposición estructural en lengua y que significa como proceso de formación –configuración– significativa; un sentido que se hace articulativamente y que se piensa y se practica en la forma –la figura– lingüística que le da sentido para significar. Una forma -una figura- que son varias -una variable operacional del lenguaje que significa diferencialmente en el sentido de sus disposiciones figurativas; un diferencial del sentido que se hace en las operaciones significantes del lenguaje y se practica en el orden de sus distintas configuraciones articulativas. Como principio operatorio de la significatividad por disposición estructural, el lenguaje es un diferencial significativo que operativiza el sentido en muchos sentidos. Cada uno de los distintos niveles epistemológicos en los que opera dispone de un orden articulativo propio que configura, a su vez, una modalidad significante diferente y específica que hace sentido en el sentido de esa disposición articulativa. Así, el signo como modalidad operatoria cuyo principio es el acto de significación autoreflexiva por clausura semiótica, no significa de la misma manera que la palabra, modalidad operatoria por condensación significativa morfosintáctica, como la palabra no significa de la misma manera que la frase, modalidad operatoria relacional por coaptación sintagmática de sus elementos, ni la frase significa de la misma manera que el discurso, modalidad que opera en el

41 Para una primera aproximación de esta modalidad “inontológica”, D. Reggiori, A. Saavedra, 1986, op. cit.

42 Ibid; D. Reggiori, A. Saavedra, 2001, op. cit.

43 Para una propuesta de la práctica del sentido en estructura lingüística, ver igualmente 1986, op. cit

44 “Dans la mesure où ce qu'on appelle le “sens” (à “exprimer”) est déjà de part en part, constitué d'un tissu de différences, dans la mesure où il y a déjà un texte [...] une transformation textuelle dans laquelle chaque “terme” prétendument “simple” est marqué par la trace d'un autre, l'intérieurité présumée du sens est déjà travaillée par son propre dehors”, Jacques Derrida, 1972a, op. cit., págs. 37, 45-46.

orden de la disposición articulativa y la medida circulatoria del decir y en la que el sentido ocurre al mismo tiempo que transcurre.⁴⁵ De un nivel epistemológico al otro, el lenguaje dispone de modalidades significantes distintas que producen diferencialmente el sentido en el orden específico de su articulación.⁴⁶ Por eso el sentido no es uno, son varios; es una variable significativa del lenguaje que se operativiza en un sentido u otro en función de la configuración epistemológica que le da lugar. Por eso tampoco es algo – idea, objeto o cosa que el lenguaje representaría, expresaría o comunicaría-. Como operación lingüística, el sentido es el comportamiento significativo de las distintas modalidades significantes del lenguaje, operativizado diferencialmente en el sentido de la textura en lengua de cada modalidad significante, y comprendido en el nacionamiento de esa textura en su configuración articulativa específica. El sentido en esta nueva disposición en clausura lingüística es una operación de lenguaje y una práctica nocional, no algo – objeto cosa o realidad en la que se pueda pensar.

A partir del momento en que el lenguaje deja de ser la instancia referencial, expresivo-representativa del sentido para constituirse en su lugar más probable; a partir del momento en que el sentido pierde su propiedad significativa, para sujetarse a las disposiciones lingüísticas, resulta imposible seguir manteniendo la significación en su autonomía y autosuficiencia significativas -en su objetividad ideal. La intervención operatoria del lenguaje en la significación supone no solo que el sentido no puede darse al margen de la disposición articulativa de la operación significante, sino que, en cuanto hecho de lengua, es en realidad la disposición articulativa misma; en cuanto producción significativa del lenguaje, el sentido es el trayecto articulatorio, la figura lingüística, como operación de significancia que hace sentido en el sentido de su orden de articulación. Un orden diferencial que da lugar a distintas configuraciones significativas del sentido y a distintos comportamientos de la

significación: a cada orden articulativo del lenguaje – semiótico, morfológico, frástico, discursivo, etc– corresponde una formación significativa específica y un comportamiento del sentido absolutamente propio. Ahora bien, ese sentido, sentido producido y construido por operación lingüística, sentido figurado en lengua, no es una sustancia ni un objeto -una cosa delimitada y definida en la que se piense de manera transparente. Ese sentido es la práctica nocional de las operaciones significantes del lenguaje en el sentido de sus modalidades articulatorias y sus formas de significar –la práctica nocional de los procesos significativos que tienen lugar por la “diferencia” –“différance”⁴⁷ de la articulación. Como práctica nocional no es entonces un objeto de pensamiento, es un acto de inteligibilidad –el acto de saber que eso significa en la lengua que se piensa en sus operaciones y procesos diferenciales de sentido –aquí, donde tiene lugar.

El sentido es el lenguaje -operación de significación en estructura lingüística y práctica nocional de las figuraciones significativas. Por eso la idea no es un sentido que el lenguaje representaría o transportaría; es una forma, una figura significativa del decir –la más perfecta, la más acabada– su figura ideal: como modalidad significante del lenguaje, el discurso es la disposición articulatoria de un sentido que ocurre al mismo tiempo que transcurre. En este sentido, la significación es la práctica nocional, ya sea del recorrido articulatorio de la significatividad, ya sea del efecto significativo de ese recorrido -su resultado o residuo nocional como acto de inteligibilidad. En cualquier caso, no es una idea. La idea es la detención del recorrido articulatorio del sentido en el querer decir⁴⁸ –un discurso de relevo, otro discurso, que hace re-flexivamente el trayecto articulatorio para figurar su residuo nocional en una sintaxis objetiva que lo contiene y lo delimita en la forma acabada de un efecto objetival. Por eso la idea no es sentido, es su inmovilización discursiva – el trayecto procesivo de la significatividad contenido y figurado objetivamente. De ahí su evidencia; de ahí también su supuesta autonomía y autosuficiencia significativas: en la medida en que es un discurso de relevo

45 Cf. D. Reggiori, A. Saavedra, 1986, 1996, op. cit., para un estudio de las prácticas diferenciales del sentido según la textura lingüística: la unidad semiótica, la frase y el discurso. De igual manera y para una práctica nocional del discurso con una disposición articulativa al margen del orden logocéntrico, remitimos a Gabriel García Márquez, *El Otoño del Patriarca*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1982. En nuestra opinión este texto constituye el modelo por excelencia de la deconstrucción del discurso y el saber occidental a través una disposición discursiva que desdibuja en su trayecto desmesurado los límites objetivos del sentido. *El Otoño del Patriarca* constituye la práctica en realidad del fin del sentido ideo-lógico.

46 Para el estudio del nivel enunciativo de Foucault como otro de los niveles epistemológicos, ver D. Reggiori, “Michel Foucault: las rupturas de sentido”, en *Texto y Contexto*, No. 8, Bogotá, Universidad de los Andes, 1986, págs. 99-126.

47 “La pratique de la langue ou du code supposant un jeu de formes, sans substance déterminée et invariable, supposant aussi dans la pratique de ce jeu une rétention et une protention des différences, un espacement et une temporalisation, un jeu de traces, il faut bien que ce soit une sorte d’écriture avant la lettre, une archi-écriture sans origine présente, sans archie.” Jacques Derrida, 1972b, op. cit., pág. 16.

48 “On sait que l’acte du vouloir dire, celui qui donne la *Bedeutung* [...] est toujours la visée d’un rapport à l’objet” Jacques Derrida, *La Voix et le Phénomène*, Paris, P.U.F., 1967c, pág. 100.

que, estructuralmente, figura en forma objetiva el contenido del recorrido articulatorio del sentido, la idea no sólo llega afuera –al margen de ese recorrido que la precede y le da lugar-, sino en la certeza de ser la forma acabada del sentido, su configuración significativa concluida y consistente en sí misma. Por eso se erige en la modalidad significativa ideal -logocéntricamente hablando: en cuanto que discurso de relevo que figura el sentido como estricta delimitación objetiva de su contenido, la idea no sólo representa una significación que puede ser pensada en la total autonomía y consistencia de su definición significativa, sino que, por eso mismo, puede ser hipostasiada, declarada –lógicamente– anterior al lenguaje, y disimulada en realidad: separada del recorrido articulatorio y comprendida como sentido articulativamente terminado y objetivamente contenido, la idea es una figura discursiva que llega en el efecto de estar fuera del lenguaje -como un objeto transparente en realidad. Por eso la idea habrá sido la performance más cumplida del lenguaje, su decir performado en el acto -el acto discursivo de configurar el sentido en realidad-objetivamente.⁴⁹

Detener el sentido en sus disposiciones figurativas y practicar el lenguaje en sus operaciones significantes, es no solo poner en evidencia la falacia epistemológica del orden logocéntrico en su estrategia de ocultamiento y disimulación de la condición propiamente discursiva del sentido idea, de su condición de sentido figurado y producido en el decir, sino también, y sobre todo, abrir para el saber una nueva modalidad del pensar; un nuevo orden del pensamiento inducido por la lengua en el que pensar no es pensar en lo que se dice, sino en la forma en que se dice para saber lo que significa.⁵⁰ Nueva lógica del sentido en textura lingüística que entrega el pensamiento a los posibles ficcionales del lenguaje

49 Lo que habría que preguntarse aquí es si la problemática lenguaje/realidad no está ya falseada a partir del momento en que se naturaliza el objeto epistemológico como objeto de la realidad. Para una deconstrucción de la cosificación del sentido y de los límites ontológicos del discurso, ver D. Reggiori, A. Saavedra, 1980, 1986, 1996, 2001, op.cit.; D. Reggiori, 1986, op. cit.

50 Para este postulado de una nueva modalidad del pensar, nos parece pertinente el planteamiento de Jacques Derrida, 1967a, op. cit., pág. 142: "D'une certaine manière "la pensée ne veut rien dire"; "La pensée" (guillemets; les mots "la pensée" et ce qu'on appelle "la pensée"), cela ne veut rien dire : c'est le vide substantifié d'une idéalité fort derivée, l'effet d'une différence de forces, l'autonomie illusoire d'un discours ou d'une conscience dont on doit déconstruire l'hypostase." Jacques Derrida, 1972a, op. cit., págs. 66-67. Este planteamiento anuncia ya ese pensamiento relacional que se procesa en lengua y que supone una conceptualidad epistemologizada que sabe la forma en que sabe y se práctica como trayecto diferencial.

y vuelve a empezar su relación con la verdad, sus fábulas y sus pretextos.

Bibliografía

- Benveniste, Emile, *Problèmes de Lingüística Générale II*, Gallimard, Paris, 1974.
- Derrida, Jacques, *De la grammatologie*, Paris, Minuit, 1967a.
- Derrida, Jacques, *L'écriture et la différence*, Paris, Seuil, 1967b.
- Derrida, Jacques, *La Voix et le Phénomène*, Paris, P.U.F., 1967c.
- Derrida, Jacques, *Positions*, Paris, Editions de Minuit, 1972a.
- Derrida, Jacques, *Marges de la philosophie*, Paris, Minuit, 1972b.
- Derrida, Jacques, *La Dissemination*, Paris, Seuil, 1972c.
- Derrida, Jacques, *Glas*, Paris, Denoël/Gonthier, 1974.
- Derrida, Jacques, *Psyché*, Paris, Galilée, 1987.
- Derrida, J., *Limited Inc, a,b,c*, Paris, Galilée, 1990.
- Foucault, Michel, *Les Mots et Les Choses. Une Archéología des Sciences Humaines*, Paris, Gallimard, 1966.
- García Márquez, Gabriel, *El Otoño del Patriarca*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1982.
- Kristeva, J., *Séméiotiké. Recherches pour une semanalyse*, Paris, Seuil, 1969.
- Lorite Mena, José, *El Animal Paradójico. Fundamentos de Antropología Filosófica*, Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- Platón, *Obras completas*, Madrid, Editorial Aguilar, 1979.
- Reggiori, D., Saavedra, A., "Modèles Processifs du Langage", en *Semiotics, Journal of the International Association for Semiotics Studies*, Vol. 61, 3/4, Ámsterdam, Mouton Publishers, 1986, págs. 259-284.
- Reggiori, D., Saavedra, A., "La Lune : L'improbable discours de Lorca" en *Language and Style*, New York, University of New York, Queens College Press, 1996, págs. 1-16.
- Reggiori, D., Saavedra, A., "Lorca/Derrida : Le pas de sens ou le dire en réalité" en *Languages and Style*, New York, University of New York, Queens College Press, 2001.
- Reggiori, D., "El poder del signo: un dibujo y un árbol" en *Texto y Contexto*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1984, págs. 71-106.

- Reggiori, D. "Michel Foucault: las rupturas de sentido", en *Texto y Contexto*, No. 8, Bogotá, Universidad de los Andes, 1986, págs. 99-126.
- Reggiori, D. y Saavedra, A., "Gramática Procesiva: la Revocación del Lenguaje Predicategorial" en *Cuadernos de Filosofía y Letras*, Vol. 3, No. 1, Bogotá, Universidad de los Andes, 1980, págs. 27-49.
- Riffaterre, M., "L'illusion référentielle" en *Littérature et réalité*, Paris, Seuil, 1982, págs. 91-118.
- Saussure, Ferdinand de, *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada, 1997.
- Searle, J.R., "Reiterating the difference" en *Glypht*, 2, Baltimore, John Hopkins Press, 1977, págs. 198-208.